

# Condiciones sanitarias de la ciudad de México, 1822-1850

Elsa Malvido\*

*Resumen:* Las condiciones sanitarias de la ciudad de México en estos años hicieron evidentes los errores en que habían caído los españoles para desecar el lago y romper todos los sistemas ecológicos que durante siglos habían servido a los habitantes lacustres nativos.

La Independencia y las guerras internas y externas en estos años agravaron la situación de caos, haciendo un sustancioso caldo de cultivo de pandemias, epidemias, endemias que se hincaron haciendo estragos sobre sus debilitados habitantes.

*Abstract:* The sanitary conditions of Mexico City in this period are the result of the ecological unbalance that the Spaniards set off after the conquest —the drying out of the lakes, for instance—.

Furthermore, the wars and revolts of this era created a solid set of conditions for epidemiological chaos that affected the already weakened population.

Este trabajo tiene como objeto analizar las condiciones sanitarias y su reflejo en las patologías biosociales que padecieron los habitantes de la ciudad de México en los primeros años del periodo independiente (1822-1850), así como las medidas que tomaron las autoridades para enfrentarlas y apoyar a la población.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Decidimos comenzar el estudio en 1822 por dos motivos: el primero, que fue en este año cuando se reconcilió políticamente un México independiente y, segundo, porque las epidemias de los últimos años coloniales ya han sido analizadas por Donald Cooper en su libro *Las epidemias en la ciudad de México. 1764-1813*, IMSS, México, 1980.

En ese entonces el país y sus moradores estaban en una situación bastante compleja y muy crítica, pues la lucha por la Independencia desencadenó un largo lapso de guerras internas, que, por un lado, hacían que las otras naciones, ante la falta de solidez de los gobiernos, vieran la oportunidad de invadirlo, y, por otro lado, quienes llegaban al poder debían negociar tanto con enemigos internos, como con los invasores, por lo cual el poco dinero que había en las arcas se empleó para la defensa del país y en particular de la ciudad, en lugar de invertirlo en su limpieza y en otras obligaciones de gobierno y «policía».

Todo esto facilitó que las pandemias, epidemias y endemias<sup>2</sup> convirtieran en víctimas susceptibles a los grupos más débiles y desposeídos de la sociedad, aunque los otros, los poseedores, tampoco escaparon de la enfermedad, ni de la muerte, por el contagio.<sup>3</sup>

<sup>2</sup> Herve Harant y Alix Delaje, *La epidemiología*, México, FCE, 1986, p. 21:

*Epidemias. Para Littré, en 1855, se trata simplemente de una enfermedad, contagiosa o no, que ataca a un número muy grande de personas. El sentido a la vez muy simple y muy extenso de esta definición permite considerar como epidemias a las enfermedades que no son infecciosas, como las carencias colectivas (como el beriberi) vinculadas a las costumbres alimentarias de importantes grupos humanos... (N. del A.).*

En nuestro caso sería la neumonía, que se considera una de las últimas consecuencias de la desnutrición, citada por los documentos de la época como «dolor de costado». Roger define en términos simples la epidemia: «una enfermedad que reina con una frecuencia inusitada».

Si esta enfermedad existía antes en la región en cuestión, pero no se manifestaba más que en forma esporádica, se dice que era endémica. El *Nuevo diccionario médico Larousse* (París, Buenos Aires, 1966, volumen 2, p. 805) dice: «Pandemia (del gr. *pan*, todo, y *demos*, pueblo) epidemia que afecta a todo un país y que puede extenderse al mundo entero».

<sup>3</sup> Esta situación se advierte más claramente durante las pandemias de cólera de 1888 y en las de 1850, según las fuentes: Elsa Malvido y Miguel Ángel Cuenya, «El cólera de 1833 en la ciudad de Puebla», *Rev. Ciencias*, UNAM, México, 1991, p. 54. El gobernador de Puebla, don Patricio Fournalong, y su hermano, el deán de catedral y el obispo de Chiapas, murieron en los primeros días de la invasión del cólera en Puebla. María Sara Molinari Soriano («La epidemia de cólera en Tlacotalpan, Veracruz», en Gema Lozano y Nathal Coora, *Tlacotalpan, liberación del pasado* [Ensayos Históricos], INAH-IVEC, sin fecha, p. 317) cita una carta del gobernador de Veracruz dirigida al alcalde de Tlacotalpan en agosto de 1833, que dice: «desgraciadamente la epidemia ha atacado a la mayor parte de los funcionarios públicos». Salvador Rueda Smither (en *El diablo en Semana Santa. El discurso político y el orden social en la ciudad de México en 1850*, INAH, 1991, p. 198) dice: «Los estragos de la epidemia pusieron en aprietos al gobierno de Mariano Riva Palacio; además de que algunos de sus amigos y conocidos enfermaron...»; y en la p. 208 agrega: «La muerte, aunque afectaba a todos, no era públicamente dolorosa más que cuando tocaba a los nombres públicamente conocidos». El periódico *El Siglo XIX* del 1º de junio de 1850 dio la noticia de la muerte del senador reformador Mariano Otero, también citado en el libro anterior (p. 210). Así, el cólera y las otras enfermedades afectaban tanto a ricos, pobres y adultos como a infantes, por la falta de inmunidad, el desconocimiento de las formas de trasmisión (patología biológica), las relaciones constantes entre las diferentes clases económicas, las condiciones sanitarias y alimenticias que imponía el momento histórico (patología social y biosocial).

Es importante acotar aquí que la independencia económica y política de México se reflejó no sólo en la geografía patológica, sino en las mismas enfermedades; es decir, hasta antes de 1833 la patología dependía, por un lado, de la importación de las enfermedades que se padecían en Europa y más concretamente en España (patologías biológica y biosocial), desde donde eran transportadas en barco a las colonias, con sus hombres, animales y mercancías; por otro lado estaban las que se desarrollaban en ellas, por las condiciones de vida a las que se había sometido a los colonizados (patología social) y que facilitaron la propagación de las otras patologías.<sup>4</sup>

Pero, partiendo de esa fecha (1833), se dejó ver claramente<sup>5</sup> que la dependencia se delineaba ahora hacia el país del norte no sólo porque nos habían «invadido» o poblado desde hacía años en el territorio más distante, Texas y Coahuila,<sup>6</sup> sino porque fueron los lugares que informaron de la

<sup>4</sup> Elsa Malvido, «Las epidemias en Nueva España en el siglo XVI, una nueva patología», en *La ciencia moderna y el nuevo mundo*, CONICO y SLHC TEC. Madrid, 1985, pp. 368-371. Para este trabajo cabe mencionar aquellos agentes patógenos que aparecen como consecuencia de los cambios en México y en el mundo: en los de patología biológica tenemos la incursión de la fiebre escarlatina; en la patología social, en forma endémica: guerra, hambre, tifo, tifoidea, sed, neumonía, diarreas y parasitosis, y en la biosocial nuevamente es un solo agente el que la compone: el cólera, que sustituye a la peste colonial.

<sup>5</sup> Romeo Flores Caballero, *La contrarrevolución en la Independencia*, El Colegio de México, México, 1967, p. 157; Luis Chávez Orozco, *El comercio extranjero y la expulsión de los españoles*, Banco Nacional de Comercio Exterior, México, 1966, p. 40; J. R. Poinsett, *Notas sobre México*, Jus, México, 1950, p. 27, y en Henry George Ward, *México en 1827*, FCE, México, 1981, p. 12. Poinsett había recibido órdenes precisas de Clay:

*Hacer adeptos hacia el sistema democrático estadounidense; defender la doctrina Monroe contra la tendencia mexicana de concentrar alianzas con Europa; reivindicar el prestigio de los Estados Unidos en donde hubiese velado o manifiesto protectorado británico; insistir en el principio de la nación más favorecida comercialmente cuando el gobierno mexicano otorgara concesiones recíprocas a los Estados hispanoamericanos; protestar contra cualquier ley perjudicial al comercio de Norteamérica; oponerse a los ardientes intentos de México sobre Cuba y adquirir territorio mexicano en el momento más oportuno.*

<sup>6</sup> *Ibidem*, pp. 750-751:

*...Las tierras destinadas a recibirlo, las más ricas y mejor situadas de todo Texas, se otorgaron ahora principalmente a colonos de los Estados Unidos; únicas personas que han examinado el país y, puede decirse, casi las únicas que lo han visitado, excepto en tránsito momentáneo. Ha afluído de los Estados Unidos a Texas una parte tan considerable de la población de los distritos adyacentes, que ahora hay cuando menos diez veces más habitantes de los que había hace sólo cuatro años, de hecho; tan sólo de uno de los territorios vecinos (Arkansas), según me lo ha asegurado uno de los hacendados más respetables, han salido 16 mil personas, de un total de 46 mil a establecerse acá.*

George, F. Ruxton (en *Aventuras en México*, Ediciones «El Caballito», México, 1974, p. 223)

dice:

*Santa Fe, capital de la Provincia de Nuevo México... Cuando mi visita, la ciudad sufría la nada agradable presencia de unos tres mil americanos, los hombres más sucios y peleoneros que he*

aparición de la pandemia de cólera antes que ninguna otra parte del país, como consecuencia de la apertura de las nuevas rutas comerciales que ahora imponía el «libre comercio» desde Nueva York, vía Nueva Orleans, puerto de segunda que negociaba con reglas modernas para el Caribe y México.<sup>7</sup>

Veracruz sería desplazado como puerto de entrada colonial por Tampico y Campeche, uniéndoseles la frontera norte (poco definida), desde donde se iniciarían, a pie, en mula o a caballo, las nuevas vías que se identificaron con la llegada del cólera morbus;<sup>8</sup> a partir de entonces toda nuestra patología biológica y biosocial recorrerá esos caminos.<sup>9</sup>

Queda claro que en ese momento México participaría de una novedosa estructura mundial donde el «libre comercio» y las guerras impondrían sus leyes y el bisoño país tendría que entrar al juego en condiciones muy desfavorables: despoblado, pobre, saqueado, endeudado y víctima de las invasiones extranjeras, que a pesar de que no llegaron a triunfar completamente, sí obligaron al país a pagar fuertes sumas a los invasores, a negociar la anexión del territorio norte a los Estados Unidos y a desatender su propio proceso por defenderse.<sup>10</sup>

Para los fines de nuestro trabajo, mencionaremos los elementos que incidían sobre las condiciones sanitarias de la vida cotidiana en la ciudad, todo lo que hoy pomposamente se denomina educación para la salud y ecología.

Pocas zonas del planeta vivieron en tan corto tiempo tal cantidad de cambios, como los del lago que rodeaba a México Tenochtitlan y sus vasos comunicantes: Texcoco, Chalco, Zumpango y Xochimilco.

En tres siglos de Colonia los conquistadores le robaron al agua sus espacios; desecaron la cuenca, cortaron los árboles de las montañas que la rodeaban, alteraron su ecología y rompieron todas las obras de control físi-

*visto reunidos... A través de todo Nuevo México encontré el más amargo sentimiento de hostilidad contra los americanos, quienes en realidad en Santa Fe y dondequiera que estuviesen, no se mostraban muy ansiosos por conciliar con la gente, y cuya desordenada conducta ha causado en gran medida el odio que les tienen, que poco después haría crisis en la parte norte de la provincia, ocasionando grandes pérdidas de vidas para ambas partes.*

<sup>7</sup> C. A. Hutchinson, «El cólera de 1833, el día del juicio final en México», 1984, III, pp. 14-38; Elsa Malvido y Miguel Ángel Cuenya, «El cólera de 1883...», p. 58; Henry George Ward, *México en 1827*, FCE, México, 1981.

<sup>8</sup> C. A. Hutchinson, «El cólera de 1883».

<sup>9</sup> Elsa Malvido y Miguel Ángel Cuenya, «El cólera de 1883», p. 58, mapas.

<sup>10</sup> Vicente Riva Palacio, *México a través de los siglos*, Cumbre, México, 1970, tomo VII. Henry George Ward, *México en 1827*.

co y alimenticio que las culturas nativas habían creado durante siglos para evitar tanto las inundaciones como para aprovechar las aguas y sus productos e impedir que las saladas se unieran a las dulces y convirtieran el lugar en poco amable para vivir. El terreno estaba lleno de salinas, pantanos, polvos, aguas estancadas, lodazales, muladares, criaderos de insectos y roedores incontrolables, que periódicamente les recordaban a los necios hombres su verdadera función geológica; se inundaban o desecaban y producían plagas diversas que afectaban a los habitantes, en lugar de alimentarlos y protegerlos.<sup>11</sup>

El terreno de la ciudad era un «hoyo de agua» que requería para drenarse soluciones costosas en vidas y en dinero, la mayoría de las veces inútiles, como el desagüe,<sup>12</sup> ya los lagos, acequias y canales sobrevivientes se usaban como basurales y desaguaderos de la ciudad, y se azolvaban continuamente.<sup>13</sup> Por otro lado, durante estos años la ciudad sufría otros cambios que se reflejaban en la vida cotidiana de sus habitantes, pues a partir del primer levantamiento contra España (1810), las ciudades fueron rodeadas de fosos, parapetos, fuertes y zanjas, con el fin de detener a los insurgentes y las oleadas de maleantes y de migrantes; se invertía el escaso dinero y el trabajo de los habitantes en acciones que si bien defendían a la urbe, también complicaban la vida diaria, como los pasaportes, por citar alguna.<sup>14</sup>

La ciudad fue creciendo en forma «irregular» a partir del asentamiento castellano; fueron desplazados a las afueras los habitantes originales, que sobrevivieron e insistieron en quedarse en sus sitios originales al servicio de los conquistadores, pero como había una prohibición de que en la ciudad de españoles hubiera indios, éstos se asentaron en los pueblos prehispánicos

<sup>11</sup> Ana María Luisa Velasco, *La alimentación entre los mexicas en los siglos XV y XVI*, tesis de la ENAH, 1998; Andrés Lira, *Comunidades indígenas frente a la ciudad de México*, El Colegio México, México, 1983; Sigvalox Linné, *El Valle y la ciudad de México en 1550*, Estocolmo, 1948.

<sup>12</sup> Jorge Gurría Lacroix, *El desagüe del Valle de México durante la época novohispana*, UNAM, México, 1978; José Fernando Ramírez, *Memoria acerca de las obras e inundaciones en la ciudad de México*, SEP, INAH, México, 1976.

<sup>13</sup> AHCM, Hacienda, Inundaciones, 1822-1850; vols. 2273-2274.

<sup>14</sup> Timothy E. Anna, *La caída del gobierno español en la ciudad de México*, FCE, México, 1981; Guillermo Prieto (en *Memoria de mis tiempos*, Porrúa, México, 1985, p. 51) dice: «Zanjas rebosando inmundicia, anchos caños sembrados de restos de comida, ratas despachurradas y algún can sacando los dientes, muerto reventado por la cabalonga; muladares, ruinas de adobe... en medio del llano; San Lázaro». Manuel Sánchez dice: «los pasaportes para entrar a la ciudad fueron un problema para los indios que traían sus mercancías, pues los perdían constantemente y los encargados de las garitas los extorsionaban obligándolos a pagar con sus mercancías la entrada, o haciendo que se echaran a perder».

que aún la envolvían, y en esos años también los extranjeros comenzaron a asentarse en lugares alejados a la traza colonial.<sup>15</sup>

Las autoridades españolas y criollas, ahora mexicanas, continuaron en el primer cuadro, y las familias poderosas en las calles aledañas; por este motivo solamente la zona central tenía alumbradas<sup>16</sup> y empedradas sus calles (514 447 varas cuadradas), aunque no todas estaban niveladas, y por lo tanto no dejaban de estar llenas de baches por el continuo ir y venir de carretas, carruajes y bestias de carga; el resto no tenía ningún empedrado.<sup>17</sup>

Las atarjeas y drenajes eran escasos y carecían de mantenimiento adecuado, pues la basura y los diversos desperdicios las azolvaban, permitiendo que en época de lluvias las calles se inundaran.<sup>18</sup>

Otro elemento que se evidenció con el paso del tiempo en la ciudad, fue el mal alineamiento de calles y casas, pues los ricos hacían gala de su poder alterando las costumbres de la traza española, construyendo donde mejor les parecía, robando espacio a la vía pública y a veces hasta tirando otras construcciones, como fuentes, puentes y plazas, sin ningún sentido.<sup>19</sup>

<sup>15</sup> Carmen León Cázares, *La plaza mayor de la ciudad de México en la vida cotidiana de sus habitantes*, Siglos A.C., México, 1982; Andrés Lira, *Comunidades...*; Ward, *México en 1827*; Dolores Morales, «Cambio en la estructura vial en la ciudad de México 1770-1805», en Gortari y Hernández, *La ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX*, Instituto Mora, México, 1994, 2 volúmenes; Guillermo Prieto, *Memorias...*, pp. 296-298.

<sup>16</sup> Manuel Orozco y Berra, *Historia de la ciudad de México desde su fundación hasta 1854*, Setenta y Setenta, México, 1973: «En 1849, el alumbrado consta de 1518 faroles comunes...36... están en la plaza mayor 50 en los portales de mercaderes y agustinos...»

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 157; AHCM, Actas de Cabildo de 1822 a 1850, volumen 1142 A-1172 A. Guillermo Prieto (en *Memorias de mis tiempos*, p. 296) dice: «En lo general las calles centrales eran como hoy, amplias, con buen empedrado, algunas con atarjeas y banquetas, aunque estrechas, cómodas, pero en los barrios eran el lodazal y el caño inmundado, la ausencia de alumbrado y las miserias humanas entregadas a la más cínica publicidad». Véase también Sonia Lombardo de Ruiz, *Antología de textos sobre la ciudad de México en el periodo de la ilustración (1788-1792)*, INAH, México, pp. 44-46.

<sup>18</sup> AHCM, Ramo Inundaciones, 1822-1850.

<sup>19</sup> Valle Arizpe (en *Historias de la ciudad de México según los relatos de sus cronistas*, Jus, México, 1977, pp. 486-487) dice: «Las calles asimétricas, tortuosas, llenas de tejadillos pendientes sobre cada puerta o balcón, ofrecían desagradable aspecto; los canales y acequias, más numerosos, dejaban correr aguas pútridas, envenenando la atmósfera, las plazas y plazuelas, llenas de baches y charquetales, cuando no servían de mercados...» Sonia Lombardo de Ruiz (en *Antología...*, p. 36) dice:

*En las líneas o calles de la Profesa, Santo Domingo y del Relox, se manifiesta, verbi gratia, semejante imperfección porque sin ella continuaría su rectitud, permitiendo reconocer las llanuras o avenidas por los caminos de Guadalupe y de San Agustín de las Cuevas y lo propio respectivamente por los ángulos rectos de oposición en la circunferencia aunque todo se ha impedido o frustrado y por si fuera impidiéndose, especialmente en los extremos o barrios, porque cada individuo ha construido y construyen con la única regla o medida de su antojo... El remedio es difícil de pronto, aunque no imposible ni injusto en varias casas donde cortándose algún pedazo en que se hubiesen excedido sin legítima licencia resultaría gran beneficio al tráfico civil y tránsito de las gentes...*

Muchas de estas calles y avenidas se formaron sobre los antiguos canales y con las crecidas de los lagos volvían a su nivel acostumbrado, usándose alternadamente para el tránsito de carruajes o canoas; entonces se construían puentes de madera para cruzarlos, si bien en los grandes canales, éstos eran permanentes y comunicaban a los poblados indígenas que bordeaban los lagos; por ellos se abastecía a la ciudad de mano de obra y de diversas mercancías. En época de secas la pestilencia que emanaba de los canales era terrible; los insectos que habían sido controlados antes por la alimentación indígena, hoy eran una plaga más.<sup>20</sup>

La ciudad no era urbana en términos actuales, sino una complicada mezcla de lo rural y lo urbano; entre casa y casa, había sembrados y cercos de animales domésticos, de carga o de crianza (51 corrales); chiqueros, gallineros y establos eran lo más común, y a veces se dejaba libres a estos animales para que se alimentaran con los desperdicios que se tiraban a las calles o en los sembrados propios y ajenos.<sup>21</sup> Según cuentan los documentos, los piojos que creaban los cerdos eran un grave problema de la salud pública de la ciudad, ya que como hoy sabemos estos parásitos transmiten el tifo, entre otras enfermedades; y las condiciones en que vivían esos animales hacían que se criaran piojos en abundancia.<sup>22</sup> Patos, gansos, gallinas, guajolotes, chichicuilotos, perros, gatos, cabras, chivos, vacas, caballos, burros, mulas, ratas, ratones y otros roedores, amén de los diversos insectos que se criaban en charcos y lodazales convivían en las casas y calles con los animales dizque racionales, cada uno con sus parásitos y enfermedades, que en ocasiones compartían, o bien competían por espacio, alimento y por los hospederos necesarios.

Siendo la ciudad de México «el ombligo» del territorio, por sus calles transitaba el comercio hacia el norte y hacia el sur, de costa a costa; así, el trote mulero era una más de sus comparsas cotidianas.

<sup>20</sup> Ana María Luisa Velasco, *La alimentación...*

<sup>21</sup> Todos los cronistas en diversas páginas refieren esta situación; los establos, los cerdos corriendo por calles y aves también; Manuel Orozco y Berra registra lo que llama estadística industrial de la ciudad; entre las actividades encontramos varias de tipo agropecuario. Cf. en Andrés Lira, *Comunidades indígenas...*, pp. 107-184, el pleito por los potreros de las parcialidades.

<sup>22</sup> Sonia Lombrado de Ruiz, *Antología...*, p. 23: «es positivo que el cerdo cría naturalmente infinidad de piojos que se propagan a las habitaciones inmediatas, que con ellos, los huevos que los producen y la fetidez de los orines, infeccionan el aire y dañan notablemente la salud». Guillermo Prieto (en *Memorias de mis tiempos*, p. 51) señala: «Avanzando, estaban los alrededores de la capilla de Manzanares, que hizo célebre Garatuzza, y la encrucijada de "Pita Azul", nidos del tifo..., en la puerta un gallo, en el interior perro y gato...», marranos, vacas, caballos y el hacinamiento humano, etc. El ganado mayor y menor, así cerdo, perro, gato y rata negra traídos por los españoles en barcos, se convirtieron en compañeros inseparables de los hombres.

Con la llegada de los arrieros las plazas se llenaban de gente, pues todos querían saber qué mercancías traían y de dónde venían; las fuentes se saturaban con la sed de las mulas que al poco rato se tiraban donde mejor podían a descansar de su largo viaje, y los hombres, por su parte, se bañaban y bebían de las mismas aguas sin ningún miramiento. Lo mismo sucedía cuando las tropas se organizaban o entraban en la ciudad, creando temor entre los habitantes, los que obligaban a darles asilo y alimento por el tiempo que ahí estuvieran destacados; además, por las condiciones de vida de estos individuos, siempre llegaban enfermos y hambreados, y contagiaban a los residentes del lugar; también cometían a veces abusos y tropelías difíciles de controlar.

En las calles, portales y plazas se ponía toda clase de comercio ambulante y a veces permanente, y esos mismos lugares servían de alojamiento a cientos de personas que o no tenían vivienda o se asentaban con sus mercancías, simplemente vagando por la ciudad sin rumbo fijo; incluso llegó a planearse que los comercios ambulantes, que hacía años estaban anclados en las plazas, tuvieran ruedas para que desalojaran todas las tardes y se pudiera limpiar el porquerillero que ahí había, pues obstaculizaba el andar por las calles y plazas, decidiendo el ayuntamiento que todos los ambulantes se pasaran a la plaza del volador.<sup>23</sup>

### La población y sus condiciones sanitarias

La ciudad fue primero la antigua Tenochtitlan, gran ciudad de México, después capital del reino de Nueva España y después del imperio y república mexicana; tenía, en consecuencia, varias trazas superpuestas.<sup>24</sup>

En lo civil, a partir de las reformas borbónicas, la ciudad se distribuyó en ocho cuarteles mayores y 32 menores, que ocupaban una superficie aproximada de 15 kilómetros cuadrados, amén de los barrios indígenas que la rodeaban.<sup>25</sup> En términos religiosos estaba dividida en 14 parroquias.<sup>26</sup> La población de la ciudad sufría de vaivenes tanto migratorios<sup>27</sup> como de

<sup>23</sup> Manuel Orozco y Berra, *Historia...*, p. 84. Dolores Morales trabajó en este libro.

<sup>24</sup> Jorge González Angulo y Yolanda Terán, *Planos de la ciudad de México, 1785, 1853 y 1896*, INAH, México, 1976; y Dolores Morales, «Cambio...»

<sup>25</sup> Manuel Orozco y Berra, *Historia...*, p. 93, «La planta de la ciudad es irregular... Se da aproximadamente para la capital una circunferencia de casi seis leguas» (pp. 98, 100).

<sup>26</sup> Hipólito Vera Fortino (en *Itinerario parroquial del arzobispado de México y reseña histórica, geográfica y estadística de las parroquias del mismo arzobispado*, Amecameca, 1880) señala: «La ciudad de México se dividió en 14 parroquias desde los tiempos del Obispo Francisco de Lorenzana».

<sup>27</sup> Harold Sims, *La reconquista de México. La historia de los atentados españoles, 1821-1830*, FCE, México, 1984; María Gallón Córdova, *¡Mueran los yanquis y los enemigos de la patria!*, Centro de Cultura Popular José Martí, México, 1987.

despoblación, por las mortandades que las enfermedades imponían; se registraron entre 200 000 y 120 000<sup>28</sup> individuos censados en estos años, los cuales formaban, a decir de cronistas y visitantes, una sociedad totalmente polarizada: «numerosos pobres, muy pobres, andrajosos, léperos, miserables, vagos, plebes, mendigos, desnudos, piojosos, indigentes, lazaronis», etc., y «ricos muy ricos, ampulosos, rotos, pitucos, catrines o currutacos», que eran los menos.<sup>29</sup> Sin embargo, se sabe que también empezaba a formarse una clase media compuesta de profesionistas criollos, aún de poco peso, que tenía problemas para acomodarse en esta tan polarizada sociedad urbana, y que, al decir de Timothy Anna, no podía considerársele como tal.<sup>30</sup>

Es difícil entender que en estos años las diferencias socioeconómicas poco o casi nada tenían que ver con el comportamiento de la gente en lo que se refiere a hábitos sanitarios, pues tanto el rico como el pobre desconocían el riesgo del manejo de los excrementos, que comúnmente se hacía en bacinés, o en la vía pública, sin importar, sexo, edad, grupo étnico, o clase social.<sup>31</sup> Los castellanos trajeron como aporte romano a las ciudades del Nuevo Mundo la costumbre de la defecación colectiva en tablonés corridos con hoyos, debajo de los cuales estaban amarrados los cerdos, que se alimentaban con esos desechos. Estos sitios se localizaban en algunas callejuelas angostas, donde se sentaban a platicar hombres y mujeres mientras que «se descomía»; sin embargo estos tablonés no abundaban en la ciudad, y las personas no tenían miramientos para defecar en la vía pública; esto convertía a la ciudad en un mingitorio público (problema hasta hoy sin verdadera solución en la ciudad).<sup>32</sup>

Dentro de las casas, aún en los palacios más lujosos, no existía un lugar especial para esas necesidades; cuando más, algunas contaban con un cuarto en la entrada que servía como depósito, cloaca o letrina, que limpiaban «los excrementeros, poceros o caqueros» una vez al año y sus habitantes tenían que desalojar el inmueble, pues el hedor afectaba a todos, incluso a las casas contiguas.<sup>33</sup> Así, la defecación cotidiana en bacinés o bacinicas se

<sup>28</sup> Manuel Orozco y Berra, *Historia...*, p. 72.

<sup>29</sup> J. Joaquín Fernández de Lizardi, *La quijotita y su prima*, México, Porrúa; Juan María Wenceslao Sánchez de la Barquera, *El Diario de México, 1810-1840*, México, diversos artículos firmados por él o con sus seudónimos.

<sup>30</sup> Timothy E. Anna, *La caída...*, p. 31.

<sup>31</sup> Marcela Dávalos, *De basuras, inmundicias y movimiento*, Edit. Cien Fuegos, México, s. f., cap. III; Sonia Lombardo de Ruiz, *Antología...*, pp. 44-46.

<sup>32</sup> El doctor Biagi dice que si la mierda brillara, México sería la Ciudad Luz, pues hasta hoy continúa sin tener baños públicos, obligando a la gente a defecar en cualquier parte.

<sup>33</sup> Sonia Lombardo de Ruiz, *Antología...*; y Marcela Dávalos, *De basuras...*

guardaba debajo de la cama, cuando la había, o bien detrás de las cortinas de la recámara o de la sala de las casas grandes. En las casuchas de los pobres y en las vecindades (alcaicerías) menos aún se tenían lugares especiales, ni públicos ni privados, por lo que los individuos defecaban en las áreas comunes o en los pasillos; se acumulaban así con los desperdicios y basuras cotidianas, lo que hacía que las condiciones insalubres de la ciudad fueran permanentes dentro y fuera de las casas.

La costumbre del baño, que entre los nativos americanos era ritual y cotidiano, se fue perdiendo con la idea cristiana de que el cuerpo no se ve, no se toca y no se huele, pues era pecado; se convertía así al cuerpo en algo extraño y dañino aun en términos médicos; para algunas enfermedades se recetaban sin embargo los baños termales del Peñón.<sup>34</sup>

Los raros temazcales y los 22 baños públicos que sobrevivieron, fueron perseguidos por inmorales, según el decir de las autoridades; las fuentes públicas eran usadas en repetidas ocasiones para estos menesteres.<sup>35</sup>

## Los servicios

Como toda ciudad de entonces, los servicios de saneamiento municipal (como eran la construcción, la limpieza, el mantenimiento y la administración) estaban controlados por el ayuntamiento: calles, empedrado, alumbrado; para la limpieza de la ciudad se contaba con «28 carros diurnos y otros tantos nocturnos», que llevaban los desperdicios a los basureros y muladares, atarjeas, cloacas, transporte de aguas negras y puentes; por otro lado estaba el abasto de alimentos, abasto de aguas, limpieza de fuentes públicas, acueductos, bebidas, mercados, fondas y pulquerías, vinaterías, panaderías, rastros, tocinerías, corrales, pesas y medidas; además: seis cementerios, hospitales, asilos, boticas y protección, conservación y distribución de la vacuna: cinco médicos, 17 cirujanos, 110 médicos cirujanos, siete parteras, seis flebotómanos, 34 farmacéuticos, seis dentistas; amén de hospicios, casas cuna, casas de recogidas y prostíbulos; cárceles y seguridad de la ciudad.<sup>36</sup>

Ciertamente muchas autoridades entretejían su poder e intereses en la amplísima gama de servicios que brindaban; la complejidad de las funciones, hacía que intervinieran muchos individuos en los mismos asuntos, pero la desorganización hacía que nadie cumpliera con sus obligaciones debidamente; entraban entonces en juego los celos y la falta de recursos de las

<sup>34</sup> AHBED, Serie Antigua, Colección Hospital Real de Indios; diversos documentos hablan del pago que se hacía mensualmente a los baños del Peñón para aliviar algunos males de los indios.

<sup>35</sup> Manuel Orozco y Berra, *Historia...*, p. 84.

tradicionalmente vacías arcas, con lo que podía justificarse la incompetencia alegando la irresponsabilidad de algún otro en cualquier momento, a pesar de los reglamentos y bandos.<sup>37</sup>

En los años estudiados encontramos dos modelos patológicos distintos, el de la heredada patología colonialista y la nueva patología imperialista, que apenas dejaba sentir sus efectos en los habitantes; en esta situación se sufrían todavía algunas enfermedades de la anterior condición y se agregaban otras nuevas, como veremos más adelante.

También es verdad que los servicios, y por lo tanto las condiciones de vida de la ciudad, variaron poco a pesar de los múltiples proyectos, reglamentos y deseos de algunos de los gobernantes, tanto de los ilustrados coloniales, como de los independentistas que los sucedieron, conservadores o liberales, pero siempre el mismo grupo; todo esto propiciaba esta suma de patologías.<sup>38</sup>

Sin embargo, al expropiarse los bienes de parcialidad de los pueblos y barrios indígenas que rodeaban el asentamiento hispano en el periodo independiente, muchos de los trabajos que se realizaban en estos espacios siguiendo la forma de organización comunal —como el desazolve, la limpieza de canales, calles y fuentes— dejaron de funcionar, lo que agudizó las condiciones de insalubridad y las carencias que de por sí había en ellas.<sup>39</sup>

Los 23 mataderos de animales estaban también dentro de la traza urbana de la ciudad, y arrojaban sus desperdicios a las calles: sangre, huesos, vísceras, pelambres, etc., se vertían ahí. Lodo, basura, excrementos y demás hacían difícil el acceso a estos lugares y en ciertas temporadas era hasta peligroso el paso por ellas. En las afueras de la ciudad la policía no realizaba su paseo nocturno; las calles mal alineadas y no alumbradas eran el cobijo preferido de maleantes y rateros.

<sup>36</sup> *Ibidem*, p. 122.

<sup>37</sup> Ariel Rodríguez Kuri, «El Ayuntamiento de México y la evolución del conflicto jurisdiccional. 1811-1850», en *La ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX*, Instituto José María Luis Mora, México, 1994.

<sup>38</sup> *Ibidem*; Francisco de Paula y Arangoiz, *México desde 1808 hasta 1867*, Porrúa, México, 1985. El periódico *El Gato Maromero*, editado por Juan María Wenceslao Sánchez de la Barquera y Morales, demuestra cómo pasaban de un grupo en el poder al otro.

<sup>39</sup> Guillermo Prieto (en *Memorias de mis tiempos*, p. 3297) dice:

*El hambre y la miseria, la llaga y el harapo, lo deforme y lo repelente tenían ahí su imperio. En las zanjas de los alrededores de la ciudad, y en algunas, que daban a las calles, veíanse mujeres lavando, bañadores desnudos; los cerdos vagaban sin custodia por algunas plazuelas, y en los laberintos descritos algo indescriptible de gentes extrañas, de mendigos, de tipos patibularios, de ejemplares cadavéricos, de desenterradores, de anómalos y terribles, tenían su mansión que dejaban muy atrás la Corte de los Milagros... Puede decirse que hasta en los centros más habitados de la ciudad existen estos embrollos de callejones.*

Esto no quiere decir que la ciudad fuera inhabitable; pero las condiciones sanitarias de la noble ciudad de México no eran buenas.

El problema del agua, que ha sido clave para las civilizaciones, no era específico de esta ciudad; dependía del clima y de la riqueza de los manantiales; al decir de Alain Corbin, el agua para estas fechas en ninguna parte del mundo había sido domesticada,<sup>40</sup> por lo que su contaminación era fácil tanto en los manantiales, como en los acueductos y vías que la transportaban a las ciudades.

Así, su abasto en la de México se hacía por medio de dos acueductos semiabiertos: Chapultepec y Santa Fe; esta última obra venía desde el Desierto de los Leones, estaba encañonada y tenía 61 fuentes, situadas en plazas y lugares públicos a los que la población acudía para proveerse de este valioso líquido;<sup>41</sup> su distribución también la hacían «aguadores», que en mulas o en sus espaldas llevaban los cántaros de barro con los que recorrían la ciudad, ya que muy pocos sitios tenían acueductos directos; a lo largo del periodo colonial éstos se obtenían por medio de mercedes reales; era frecuente conceder estos privilegios a conventos, iglesias, hospitales, escuelas y palacios; éstos tenían como obligación para los otros construir un escurridero en alguna de sus paredes, situación que en los años del México independiente no cambió sustancialmente. El desperdicio que se hacía del agua era importante, pues cuando llegaban los grandes golpes de agua, ninguna fuente ni pública ni privada tenía bitoques para evitar que ésta corriera inútilmente.<sup>42</sup> También hay que entender que los conductos o cañerías que la transportaban eran de barro y sufrían fracturas por las que se perdía el agua fácilmente, amén de las roturas provocadas por los frecuentes temblores y terremotos. Por supuesto que los barrios indígenas y los otros circundantes carecían de este preciado líquido; utilizaban pozos y acudían a las fuentes más cercanas. En los años de sequía el agua escaseaba en toda la ciudad; toda la población recurría entonces a los pozos que, por el mismo nivel freático del lago, se podían hacer en diferentes partes.<sup>43</sup>

<sup>40</sup> Alain Corbin, *El perfume y los miasmas en los siglos XVIII y XIX*, FCE, México, 1989.

<sup>41</sup> Manuel Orozco y Berra, *Historia...*, p. 173; Artemio del Valle Arizpe, *Historias...*, p. 516.

<sup>42</sup> Sonia Lombardo de Ruiz, *Antología...*, p. 26; AHCM, Mercedes de aguas y aguas potables.

<sup>43</sup> Marcela Dávalos, «El agua en la ciudad de México. Siglo XVII», en Hira de Gortari y Regina Hernández, *La ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX*. Por otro lado, recordamos que durante el sitio de Tenochtitlan, los mexicas hicieron pozos para no morir de sed. Los años de sequías y falta de agua potable se pueden ver en el cuadro general, así como su importancia en la patología, pues recurrir al uso de aguas contaminadas del lago donde se tiraban los excrementos de toda la ciudad, propiciaba que la tifoidea y las parasitosis fueran una patología endémica de los que no tenían agua, que se conjuntaba con la llegada de las patologías biológica y biosocial, como en 1833, cuando en la ciudad había una escasez terrible de agua, lo que recrudeció los efectos del contagio por el cólera.

La mayoría de los canales habían sido desecados y la comisión de ríos y acequias era la encargada de cuidar su limpieza e informar de las crecidas de los múltiples ríos y riachuelos que venían al antiguo lago. Entonces solamente quedaba vivo el canal de Chalco, con sus compuertas y el foso cuadrado que circunda la ciudad, que fue abandonado por ser la aduana la que, en la época colonial, se hacía cargo de su mantenimiento.<sup>44</sup>

Es conocida la escasez de baños públicos; había solamente 22 y 56 lavaderos en toda la ciudad; esto obligaba a que la población permanente y flotante se bañara en las fuentes públicas, o lavara ahí sus ropas, trastes y animales; al hacerlo, dejaban en su fondo toda clase de desperdicios, basuras e inmundicias; hubo otras fuentes que al paso del tiempo se secaron, y había una en particular que mandó construir el virrey Marquina de la que se decía que nunca tuvo más líquido que los miados de los que por ahí pasaban:

*para perpetua memoria  
nos dejó el Virrey Marquina  
una fuente en que se orina  
y aquí se acabo su historia.*<sup>45</sup>

La basura es otro mal endémico del hombre y de su espacio vital; las ciudades son los basureros más grandes que se han creado, y los ríos, lagos y mares, su destino final, por lo que en este caso los lagos y canales de México no cantaban mal, pues no había quién no se quejara del mal olor y del aspecto descuidado de la ciudad, que reunía grandes muladares en las afueras. Los desechos de todo tipo se arrojaban por las puertas y ventanas de casas, mercados, talleres, rastros, alcaicerías, tenerías y curtiembres; la basura estaba formada por pieles, vísceras, huesos y, claro, la defecación al aire libre y en las casas (que noche a noche se tiraba a la vía pública, al grito de «Aguas, Aguas»); esto no era tampoco una característica de nuestra ciudad, sino que era práctica común en cualquier ciudad del mundo. El servicio de limpia lo hacían los 24 carretones que de día y de noche recogían las basuras, pero estaban mal embonados, pues eran de madera, y si bien levantaban basura, también la regaban en su camino hacia el semidesecado vaso del lago de Texcoco.<sup>46</sup>

<sup>44</sup> Cualquiera de los cronistas de la época hablan de este fenómeno. Manuel Orozco y Berra, *Historia...*, p. 179.

<sup>45</sup> Artemio del Valle Arizpe, *Historias...*, p. 51.

<sup>46</sup> Manuel Orozco y Berra, *Historia...*, p. 179; Marcela Dávalos, *De basuras...*, mapa 3, localización de los basureros en la ciudad, sin paginación; Sonia Lombardo de Ruiz, (en *Antología...*, pp. 25, 44, 45) dice:

Otro problema para los habitantes de la ciudad fue el de los cementerios, situados en los atrios de las iglesias, en el corazón mismo de los poblados; a esto se unía también el que durante tres siglos las propias iglesias fueran cementerios de los cofrades y de personas ilustres, civiles y religiosas; por más que se exhumaran los restos, no dejaban de provocar distintos problemas: infectaban y agraviaban con el olor de la descomposición a los creyentes que asistían a los servicios. En las mañanas, al abrirse las iglesias en tiempos normales, las pestilencias o los miasmas, como se les llamaba, hacían acto de presencia, infectando los aires; esto les recordaba a los fieles que la muerte era presente, constante, y que ellos debían estar preparados para recibirla.<sup>47</sup>

Este sistema de enterramiento católico era el único válido para la Iglesia, pues se esperaba la resurrección de los cuerpos; pero ya en estas fechas el pensamiento ilustrado lo consideraba foco de infección y de contagio, por lo que se había legislado en las reformas borbónicas (1787) que los cementerios se construyeran en las afueras, en sitios aireados y distantes, para evitar los miasmas que despedían los cadáveres en su descomposición; la condición eclesial era que estuvieran en tierra santificada.<sup>48</sup>

Con la Independencia se propuso hacer un cementerio nacional, pero la costumbre de estar cerca de los santos, que serían intermediarios con Dios, rebasaba con creces la buena voluntad de las nuevas reglamentaciones. Por otro lado, existía un factor de importancia más real: la falta de fondos del ayuntamiento para llevar a cabo tal empresa. La Iglesia, que si bien no podía oponerse a la medida, pues en Europa el proceso de secularización ya llevaba algunos años, hacía lo que podía desde el púlpito, azuzando a los creyentes para impedir que su mejor negocio se les fuera de las manos. No en balde Ann Staples señala para estos años «la precaria paz de los sepulcros».<sup>49</sup>

*... Allá [en Madrid] se arrojan extramuros en sitio preciso en que se ha formado un Pudridero de estiércol que suele venderse y es utilísimo para las huertas; y acá, lo poco que no se esparce en el camino por donde se extrae, lo descargan en las salidas de la ciudad, con inmediación a ella, incomodando tanto o más que en el centro, a que se agrega el hedor y la molestia de revolverla y apilarla anticipadamente hasta que pasados algunos días la conducen, moviéndola de nuevo en la calle...*

<sup>47</sup> Alicia Bazarte y Elsa Malvido, «Los túmulos funerarios en Nueva España y su función social. La cera, uno de sus elementos básicos», en *Tercer Anuario del quinto centenario del descubrimiento de América*, UAM, México, 1991.

<sup>48</sup> AHCM, véase Reglamento en las páginas siguientes.

<sup>49</sup> Anne Staples, «La precaria paz de los sepulcros», ponencia en el Simposio Así estudiamos la muerte hoy, 1987.

En esa época estaban en servicio prácticamente los mismos cementerios que habían funcionado en la Colonia, con una excepción, como veremos: el cementerio nuevo, que se hizo con una donación de terreno en la Tlaxpana a los ingleses en 1825; el de San Fernando, que se utilizó en la pandemia de cólera de 1850, antiguo cementerio del convento del mismo nombre; Santa Paula, que fue el cementerio de pobres durante la Colonia y que en 1836 se amplió para uso común; el de San Antonio de las Huertas; el de Los Ángeles; el de Campo Florido, que se inauguró en la capilla de ese nombre en 1846; y el de San Diego, que recibió a la parca en el cólera de 1833.<sup>50</sup>

Por otro lado, durante las grandes mortandades se hacían fosas comunes para sepultar los múltiples cuerpos, pues era imposible enterrarlos a todos donde su «calidad» lo merecía; la muerte entonces los volvía «hijos de Dios», anónimos, que salían de la ciudad rumbo a los «depósitos de cadáveres». Como el tiempo apremiaba para deshacerse de ellos, se hacían fosas comunes que no eran tan profundas como las que se hacían en años normales; así, los perros callejeros que abundaban en la ciudad se dedicaban a buscar comida en estos sitios y, a decir de los documentos, se alimentaban bastante bien con los cuerpos que iban arrastrando por las calles de la ciudad, espectáculo por demás deprimente y macabro, que obligaba al ayuntamiento a realizar cacerías nocturnas contra las jaurías, convirtiendo a la ciudad en pesadillas de ladridos y sangre.<sup>51</sup>

Y volvería a ser nuestro parteaguas la pandemia del cólera morbus de 1833, la que obligó a los gobiernos a construir cementerios civiles en las afueras, que además serían necesarios frente a la política de inmigración que se tuvo en este siglo, pues con los extranjeros entrarían a México otras religiones, y ¿en dónde se les enterraría a ellos?, pues la Iglesia católica prohibía sepultar herejes; así fue como el siglo XIX enfrentó este problema urbano; y más tarde tuvo que abrir un cementerio para cada nación que tuviera inmigrantes en nuestro país.<sup>52</sup>

<sup>50</sup> *Ibidem*; los cementerios se abrían y cerraban durante estos años, en diciembre de 1830 hasta San Lázaro, quedando sólo Santiago Tlaltelolco y Los Ángeles como apoyo: en 1836 se cierra Tlaltelolco y se abre Santa María Providencia. Mientras que la propuesta de construir un cementerio general no llegó a hacerse realidad durante estos años. Dolores Morales, «Cambio...», véase mapa.

<sup>51</sup> Timothy E. Anna (en *La caída...*, p. 3) dice: «El descuido llegaba a tal grado que los perros desenterraban los cadáveres, llevándose parte de ellos, y un carnicero engordaba allí a sus puercos». Véase también Jorge Nacif, «Acciones de policía», en Hira de Gortari y Regina Hernández, *La ciudad de México...*

<sup>52</sup> Anne Staples, «La precaria...», y Carlos María de Bustamante (en *Diario histórico de México. Enero-diciembre 1825*, INAH, México, 1982, tomo III, volumen I, p. 63) dice: «Abril 28 de 1825: Ayer ha tomado posesión el cónsul inglés O'Gorman de un campo que se ha concedido para cementerio a los de su nación en las inmediaciones de esta ciudad». Véase también AHCM, Cementerio.

Es probable que se padecieran muchos otros problemas en las calles de la ciudad y que los cronistas no hayan visto o reportado por considerarlos normales, pero creemos que éstos fueron los más importantes para quienes los vivieron.

## Conclusiones

Es evidente que la patología había cambiado, que el nuevo mundo importaba ahora las enfermedades y propiciaba un universo más unificado. México tenía que participar de esas novedades, queriendo o no, pues el sistema lo requería, sin importar mucho las consecuencias, no siempre conscientes.

Los sistemas de salud evolucionaron con los avances logrados tras su separación de la Iglesia; los conocimientos del cuerpo y la ciudad tendrían sus beneficios a largo plazo. Estos años de nuestra historiada ciudad son evidentemente de transición al imperialismo; los poderes civiles aún no habían roto completamente con la Iglesia católica, por lo cual las rogativas y procesiones circulaban por la ciudad en los momentos difíciles, propiciadas por el mismo ayuntamiento.

Los errores médicos son explicables por el momento que vivía la ciencia, pues no había adquirido todavía el carácter de experimentación; así, recurría como panacea a todo aquello que tuviera a la mano, como si fuera una vacuna que insistiera en aplicarse a todas las enfermedades, sin imaginar que lo que provocaba era una disminución de las defensas del organismo. La teoría de la circulación de la sangre en el cuerpo llevó a los urbanistas a pensar en las ciudades como en un cuerpo vivo, de donde se pensó en circular los aires y remover todo lo removible. Esto fue un gran avance para la salud pública y privada, pero también llevó a aberraciones, como los cañonazos y los toques de campanas con este fin, necedades que hoy por hoy nos llevan a la hilaridad más que a cualquier otra cosa. Es evidente que la población del mundo, y con ella la de nuestra ciudad, sufrió en términos naturales todos los males biológicos y sociales del momento; sobrevivió no gracias a la patrona nacional, la Virgen de Guadalupe, a los avances médicos o a las medidas políticas adoptadas, sino a la capacidad de la especie para adaptarse a situaciones casi imposibles para no abandonar este mundo.